

LECTURA DE FRONTERAS CULTURALES: HISTORIOGRAFÍA COMPARADA SOBRE UNA LITERATURA QUE PROPONE LOS LÍMITES DE LA NACIÓN

Carmen Elisa ACOSTA PEÑALOZA*

LUGARES DE PARTIDA

Leer la historia, y particularmente la historia de la literatura como un ámbito que hace posible aproximarse a la expresión de los cambios en la experiencia colectiva del tiempo y reflexionar sobre cómo se construye la noción de literatura según el cambio en el sentido de la temporalidad, permite pensar la historia como una experiencia social. Estos componentes constituyen la motivación amplia que guía las lecturas historiográficas y las lecturas críticas realizadas desde hace algunos años por el grupo “Historia y literatura” del Departamento de Literatura de la Universidad Nacional de Colombia. En esta búsqueda se han realizado tres investigaciones de carácter colectivo, que sirven como antecedentes de la propuesta que se plantea en este artículo: primero, *Leer la historia, caminos a una historia de la literatura colombiana*, inició con la preocupación por realizar una lectura crítica de las historias de la literatura a partir de la indagación relativa al lugar de enunciación del historiador (los historiadores), su discurso (la historia) y el discurso literario (las obras). Allí surge, entre otras, la preocupación constante por las tensiones entre las regiones (las historias regionales) y los diversos centros políticos y culturales (regulados en buena parte por las historias nacionales). En las conclusiones de este trabajo se vio la necesidad de dar continuidad a la investigación sobre la ruptura que exige la historiografía contemporánea con respecto a los límites nacionales y a la necesidad de pensar una lectura crítica de las historias de la literatura latinoamericana. *Representaciones, identidades y ficciones. Lectura crítica de las historias de la literatura latinoamericana* tuvo como finalidad presentar un panorama de la manera en la que han sido concebidas las his-

* Profesora titular del Departamento de Literatura de la Universidad Nacional de Colombia.

torias de la literatura en relación con un área cultural amplia, Latinoamérica como objeto de estudio, y cómo se han ubicado allí los problemas frente a lo nacional, las relaciones con otras áreas, las periodizaciones, el concepto de literatura y la ubicación del sujeto historiador, entre otros. Entre las múltiples problemáticas que surgen de esta investigación, como son el propio concepto de Latinoamérica, los problemas de la perspectiva sobre una literatura colonial y las revalorizaciones del *Boom*, el problema de lo regional devino en interrogante acerca de los centros culturales y sobre sus tensiones con los límites y fronteras regionales. A partir de allí y como una experiencia piloto se desarrolla una última investigación: *Topo/grafías. Literatura y región: el caso de Bogotá*, en la cual se pensó a Bogotá como región, tanto como la relación de Bogotá y la región en la lectura crítica de las historias de la literatura, los debates con los discursos desde otras regiones y las formas como la literatura y su historia permean la cotidianidad de una región centro. La propuesta que se desarrolla a continuación se sustenta en dichos trabajos de investigación y a la vez les da continuidad.¹

PREGUNTAS PARA PENSAR UNA HISTORIA

El proyecto relativo a la elaboración de una historia comparada de la literatura latinoamericana realizado por el grupo reunido hacia la década de los ochenta del siglo pasado (Ana Pizarro, Ángel Rama, Rafael Gutiérrez Girardot, Antonio Candido, Antonio Cornejo Polar, por nombrar sólo algunos), señaló algunas rutas y dificultades para dar a la historia de la literatura un carácter regional amplio desde Latinoamérica. Esta iniciativa generó a la vez vías que posteriormente se han ubicado frente al cambio en la noción de la literatura ya planteado años atrás. Sin interés de reducir dichas propuestas, puede afirmarse que la revisión del objeto, la literatura latinoamericana, y la construcción conceptual de la región o área cultural Latinoamérica, delimitó una perspectiva historiográfica orientada por una pregunta guía² que, si bien tiene apariencia retórica, permite ubicar las dificultades referentes a la delimitación del objeto de investigación: ¿Es a partir de la perspectiva comparativa que se plantea una región o es a partir de la definición de un área cultural e histórica que se define

¹ Esta introducción se presentó como sustento de la ponencia “Lo regional y sus fronteras móviles. Una propuesta de historias regionales de la literatura regional” en el II Congreso Internacional de Teorías, Crítica e Historias Literarias Latinoamericanas —Antonio Cornejo Polar— “Descolonizando las Teorías y Metodologías”, Lima, 2, 3, 4 y 5 de mayo de 2017.

² Cuando se habla de pregunta guía no se está señalando la necesidad de producir de manera homogénea una respuesta. Se trata de crear posibilidades de reflexión. Véase Víctor Viviescas, 2010.

la perspectiva comparativa, pensado en ambos casos desde la perspectiva de la historiografía literaria? (Acosta, 2010: 110).³

Puede afirmarse que esta perspectiva da continuidad a la propuesta de Antonio Candido, quien al respecto señala la exigencia de un proyecto político de unidad regional a partir del reconocimiento de la diversidad.⁴ Así, esta ruta permite enlazar la literatura, el tiempo y el espacio, en un enunciado que intenta suprimir algunas generalizaciones marcadas por las tradiciones historiográficas. Se trata de una reflexión sobre lo regional, la espacialidad construida por la temporalidad y viceversa, que atribuye una función social a la historia en cuanto conocimiento sobre cómo las sociedades se relacionan con su pasado y con su ocupación del espacio y a la vez, en esa relación, cómo interviene lo que esas mismas sociedades han concebido y construido como literatura.

En este sentido, las diversas regiones se consolidan a partir de la acumulación de elementos históricos regidos por fuerzas que corresponden al hábitat físico, cuyos cambios y permanencias es necesario identificar desde la historia. A su vez esas fuerzas determinan la movilidad presente al interior de las diversas áreas, lo que puede suponerse como la superposición permanente de capas y de las densidades que las configuran. En este sentido, la movilidad interior de las áreas —reitero, ya no concebidas como formaciones estáticas y un tanto homogéneas— permite identificar desplazamientos de sus fronteras culturales sobre las que es necesario indagar en términos de la posibilidad de pensar la relación historia-literatura y su función social en la configuración de la región, tanto como los diálogos e intercambios entre las regiones.

Desde esta vía es posible fortalecer la investigación historiográfica al reconocer la relación entre la historia, la región y la literatura, preocupación central de esta propuesta. Para una investigación es posible ver así, y siempre bajo el supuesto de una lectura parcial, los caminos de aproximación a las prácticas históricas y literarias que se realizan en las regiones, con miras a identificar cómo dichas prácticas contribuyen en la construcción de las fronteras culturales de la región, en la acción de los discursos de la literatura y su historia. El siglo XIX latinoamericano se plantea como un momento pertinente para dicha indagación, dadas las diversas tensiones planteadas por la historiografía frente

³ Artículo guía hacia la pregunta “Problemas de la historia regional y las alternativas de una historia comparada en las historias de la literatura latinoamericana”.

⁴ “Es decir una voluntad política que apunta a buscar una coherencia, a buscar una unidad orgánica de similitudes y contradicciones en el discurso literario que finamente nos entregaría esa imagen de América Latina que queremos aprehender conceptualmente, es decir una voluntad política, una función política que es esencialmente comparativa” (Pizarro, 1982: 182), que debe transformarse en una voluntad teórica y metodológica con un desarrollo inicial (en Acosta, 2012).

a los intentos de configuración sólida de los límites nacionales y de instrumentalización de la literatura para dicha finalidad política.

De este modo surge un interrogante acerca de la dualidad inherente a esta propuesta (y que aún no es tiempo de resolver al menos en una aproximación al siglo XIX), relativo al uso de los términos región y territorio, dada la pervivencia en los estudios sobre la literatura de la reflexión sobre las literaturas regionales y de lo regional como una forma de identificación de lo literario. Por el momento es necesario aclarar que el concepto de territorio complementa el de región como ámbito de la acción, como una dimensión de lo social en la que la constitución territorial está vinculada a procesos de tipo político, económico y cultural donde participan distintos proyectos en pugna (Delgado Mahecha, 2009: 75).

En este punto se manifiesta la dificultad de un planteamiento histórico al que cada vez se le exige más poner en diálogo diversos niveles, tanto de expresión simbólica como del acontecer social delimitado por la movilidad del objeto. En este sentido surge la tensión respecto a las propuestas formuladas en el siglo XIX, sean expresadas en imaginarios o representaciones, que buscan la homogenización desde lo estático, y la dificultad que enfrenta una lectura historiográfica contemporánea como la que se propone en este artículo, y que se desplaza a otras fuentes, buscando la identificación de lo heterogéneo, las diferencias, conforme a un comparatismo contrastivo orientado hacia la identificación de lo que hay de estático en el movimiento y de lo móvil en lo que permanece, no pensado como límite —que separa y divide—, sino como frontera —que vincula e integra (Pizarro, 1982: 182).

Quizá en este sentido, y aunque parezca un tema ya resuelto por parte del pensamiento histórico, surge el interrogante ya sugerido acerca del interés sobre el siglo XIX: ¿Cómo pensar una historia comparada de la literatura desde la lectura de las fronteras culturales, en un momento en el que tanto la historia como la literatura buscaron proponer los límites de la nación? ¿Cómo se construyeron esas fronteras móviles tanto en los denominados territorios de la periferia como en los territorios del centro? ¿Cómo se dan esas tensiones frente a las densidades construidas por la literatura en su consolidación en el propósito de una literatura nacional?

SIMULTANEIDADES, ASINCRONÍAS Y FRONTERAS

Antonio Cornejo Polar señala que la conciencia de los procesos de continuidad entre las letras coloniales y las republicanas ha “nublado” las rupturas importantes que se dieron durante el siglo XIX latinoamericano, sobre las cuales no

se ha detenido el estudio histórico. Una de ellas está ejemplificada en el modo como los independentistas no advierten en sus discursos su propio conflicto. Cornejo Polar se refiere a la presencia de la *simultaneidad contradictoria de tiempos diversos* sobre la que se construyen los discursos posteriores a la independencia de España por parte de los criollos independentistas.

Podría decirse que no se trata sólo del forcejeo entre dos conciencias distintas acerca de la vida social y la historia, sino —y es lo que intuyo— de la simultaneidad contradictoria de dos tiempos diversos, con sus racionalidades diferenciadas, en la conciencia de un solo sujeto no propiamente San Martín, como es claro, sino el sujeto social constituido por los criollos independentistas (Cornejo Polar, 1994: 12 y 17).

El discurso de San Martín le sirve para mostrar cómo en él están presentes simultáneamente tanto los procesos de secularización como la afirmación de la presencia de la acción divina. El ejemplo habla por sí solo: “Desde este momento el Perú es libre e independiente por la voluntad general de los pueblos y por la justicia de su causa que Dios defiende” (1994: 12 y 17).

La propuesta de Cornejo despeja sin duda una vía para identificar el quiebre respecto de aquello que sólo en apariencia se identifica como homogéneo, tal como ha sido planteado desde las búsquedas propias de dicho siglo y posteriormente en algunas formas de tradición historiográfica. A la vez permite articular y poner en tensión estas perspectivas con propuestas que han identificado el concepto de nación desde sus ambivalencias internas (Bhabha, 2010).

En este horizonte, continúa Cornejo Polar, durante el siglo XIX se dan “quiebres que se ubican sobre todo, pero no únicamente, en ciertos niveles de la institución literaria: la nueva articulación de la literatura con el público” que hace posible el surgimiento de la “opinión pública”, la que a la vez produjo, a medida que iba transcurriendo el siglo, una capacidad por parte de los americanos de intervenir en mayor o menor medida en la vida nacional, tanto en los grandes problemas como en la vida cotidiana (1994: 12).

Cornejo abre así la posibilidad de identificar diversas articulaciones procesuales y contrastivas: tensiones internas en los discursos, así como la existencia de varias literaturas en las que la prensa provoca la presencia de nuevos pactos de lectura. Su referencia más directa es el estudio del costumbrismo y del modernismo. A la vez, a partir de allí, pueden identificarse relaciones complejas por ejemplo entre las formas de publicación periódica y su coexistencia con novelas por entregas tanto nacionales como extranjeras, en lo que se vio implicado un proceso, hasta el momento poco estudiado, de las traducciones literarias. Este aspecto contrastivo permite establecer diálogos culturales y movilidad entre los diversos límites locales, nacionales y continentales.

El quiebre planteado por el historiador peruano, centrado en las publicaciones periódicas, vino acompañado de la transformación histórica de los espacios, las prácticas y los sujetos que participaron en el ámbito de lo que en su momento se denominó literatura, lo que a fin de cuentas, para la reflexión histórica evidencia la relación entre historia, literatura y vida. En el ámbito de lo cotidiano, lo anterior generó diversas formas de sociabilidad que permiten la comparación de experiencias lectoras, las conductas de los lectores y las relaciones entre los procesos de producción y difusión y la conformación de públicos. Los espacios tuvieron entonces que verse transformados en función de la intensidad con la que se instrumentaron no en las diversas regiones algunas prácticas sociales, lo que probablemente marcó diversas reconfiguraciones del territorio. A la vez, todo ello tuvo que intervenir en la consolidación de las ciudades, lo urbano y sus orillas, en las diversas relaciones con los espacios rurales. Por ejemplo en las búsquedas del romanticismo y el costumbrismo se consolidaron discursos como la autobiografía o los recuerdos de viaje, que expresaron los desplazamientos y retraimientos de la frontera letrada. En este sentido puede hablarse de una territorialización a partir de los centros urbanos que exigió la creación de unos lenguajes particulares en los que la ciudad también construyó o imaginó los lenguajes campesinos (Toro, 2012).

La indagación histórica de dicha movilidad en los territorios latinoamericanos —aunque no exclusivamente en ellos—, plantea la necesidad de volver sobre la tensión social, constante durante el siglo, expresada en las polémicas sobre las libertades de imprenta y de educación. Libertades en las que sin duda está implicada la función social de la literatura, en su carácter uniformador de la nación, implícito en la lógica de diferenciación de lo letrado, pero también en la consolidación de las discrepancias marcadas por las voces que intentaban articular, a partir de ella pero de manera distinta, su propio concepto de nación, o bien representar los límites nacionales desde modelos diferentes. Es el caso de la formulación de las políticas públicas, en el concepto de lo que era literatura o lo literario y sus formas de intervención social. Como un camino de reconstrucción de la memoria, podemos argumentar, por ejemplo, que la novela histórica delimitó el pasado regional, y la preocupación por la formación de ciudadanía y los procesos de educación.

Es probable que los quiebres señalados por Cornejo permitan identificar qué prácticas y qué instituciones postulan o definen diversas identidades regionales en el tiempo, sus fronteras y sus diálogos entre regiones colindantes o distantes. No deben olvidarse las escasas relaciones que mantienen algunas naciones latinoamericanas entre sí, en tanto que más bien tendían a buscar un

diálogo cada vez más estrecho con naciones europeas y por momentos con los Estados Unidos, hecho que particulariza las formas de intercambio cultural.⁵

Así pueden pensarse unidades subregionales, procesos regionales verificables, evidencias que permiten entender las contradicciones que definen la movilidad cultural del espacio social latinoamericano en diferentes territorios. Como señalaría Cornejo, es necesario identificar el tramado de contradicciones en el seno de lo que tradicionalmente se ha planteado como una forma de cohesión, orden e integración de un cuerpo social en la vía definida por la nación y sus necesidades desde dichas formas establecidas (Cornejo Polar, 1987: 128). Principalmente al inicio del siglo XIX, Cornejo identifica lo que puede denominarse un primer espacio de afirmación —en el que es en tanto posible identificar su movilidad— en la “formación de un tipo de sociedad que pueda reconocerse y ser reconocida como nación y el modo como encontrar el camino para su rápido y sostenido progreso y modernización”.

Por otra vía, que para esta propuesta se hace complementaria, Susana Zanetti propone el comparatismo contrastivo y la construcción del objeto literario latinoamericano como un camino para reconocer espacialidades donde se presentan *asincronías*. Estas pueden ser identificadas desde un comparatismo intracultural que tiende a romper la perspectiva nacional, la que se construye en una temporalidad fija, en regiones geográficamente distantes que mantienen intercambios culturales y comparten tradiciones (Zanetti, 2004: 130).⁶ Ejemplos para esta lectura son los modelos propuestos por las literaturas indígenas de los Andes, las literaturas créoles del Caribe y el Modernismo.

La reflexión sobre las *asincronías* permite complementar la lógica de las contradicciones en cuanto su planteamiento se consolida sólo en la medida en que surge en oposición a, o en tensión con, discursos ya establecidos que se sostienen sobre lo que se supone que está en sincronía, o pudiéramos afirmar conforme a un orden, en este caso el nacional. A la vez, permite tomar distancia frente a lo que desde las tradiciones historiográficas se ha constituido como una temporalidad invariable que se adecúa a la temporalidad a la vez asumida como fija de la tradición occidental, más particularmente europea en el sentido de las propuestas realizadas por Francia, Inglaterra, España y Alemania.

El comparatismo en la propuesta de Zanetti plantea un énfasis sobre el eje de las lecturas y de los lectores en recorridos fragmentarios que llevan a establecer contrastes con las fronteras de la oralidad y las diversas formas de mar-

⁵ Frederic Martínez se refiere al Nacionalismo cosmopolita como la acción de mediación política y cultural que tienen aquellos que se consideran participan de la construcción de la nación.

⁶ Por su parte Julio Ramos se refiere a *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*.

ginación de los cánones nacionales. Utiliza la metáfora de la comparación como la construcción *del hilo como espacio fibroso*, “según el cual el comparatismo puede aportar mucho si se conjugan los múltiples fenómenos económicos, sociales y culturales, estableciendo relaciones productivas en cuanto puedan articular las disparidades sin las exigencias de asimilación y de homogeneidad”, que permite a la vez identificar la contigüidad, la continuidad y la superposición.⁷

El examen de las asincronías abre la opción de reconocer a la vez la existencia de *asimetrías* en la consolidación de las regiones. El aspecto comparativo, más que revisar áreas culturales independientes, permite pensar justamente la superposición de diversos complejos culturales que están unos sobre otros o que se delimitan y cierran de tal manera que evitan los contactos y las intersecciones.

Al respecto, puede establecerse un diálogo con la reflexión sobre la relación entre memoria y nación en la que Carlos Rincón retoma el concepto de palimpsesto, entendido como aquello que almacena y borra a la vez, o puede decirse, como aquello que muestra y oculta, evidencia y acumula. Desde esta óptica se logra pensar en formas de memoria cultural que presentan evidencias, pero que a la vez surgen de superposiciones que yacen ocultas y que permiten comprender la memoria como fenómeno social. Al referirse al siglo XIX utiliza la imagen del “molde vacío” que será llenado por la religión, la lengua, la raza y las tradiciones, como lo plantea Hobsbawm (Rincón, 2010), pero a la vez subraya cómo su presencia está sostenida sobre lo excluido de aquel molde, aquello que es necesario indagar y reconocer históricamente.

En este sentido, la propuesta de una nación que es construida e imaginada desde una mirada homogeneizante basada en la consolidación de unos símbolos y unas representaciones en las que participan tanto la historia como la literatura, es planteada por Rincón como una “frontera intangible que se va sumando a las fronteras geográficas” y que se articula con las fronteras imaginadas.⁸

El aporte de Rincón permite entonces, como lo señala el propio autor, recorrer la ruta abierta por Pierre Nora respecto a la reflexión sobre las formas de construcción de los lugares de la memoria “para identificar esas diversas temporalidades que se fijan en la espacialidad constituyéndole y dándole una permanencia no siempre homogénea” (Rincón, 2010: 49). Al mismo tiempo, Rincón direcciona

⁷ Citando a Laurette Pierre, Zanetti afirma: “La metáfora del hilo pone en claro estos fenómenos: el hilo está formado por numerosas fibras que se entrecruzan, aparecen y desaparecen. El terreno de los objetos comparados se podría considerar, así pues, como un *espacio fibroso* en el que los elementos están en una doble posición de contigüidad y superposición” (Zanetti, 2004: 130).

⁸ Están presentes en la reflexión de Rincón las propuestas de Benedict Anderson y de Germán Colmenares (Rincón, 2010: 42).

metodológicamente la posibilidad de vincular la simultaneidad contradictoria de tiempos diversos o el entramado de contradicciones propuesto por Cornejo y las asincronías y asimetrías —el hilo como espacio fibroso de Zanetti—, en la identificación de lo que no es homogéneo aunque se proponga como tal, al igual que de las exclusiones que opera. Inicialmente conduce a pensar en la participación de las tres fronteras: las intangibles, las geográficas y las imaginadas, lo cual permitirá identificar las rupturas, las permanencias y la movilidad en la descripción de nuevas zonas fronterizas, culturales, evidenciadas en su capa más visible por la literatura y la historia, y que en algunos casos estarán diferenciadas o superpuestas al menos parcialmente a las anteriores.

LA FICCIÓN DE LA NACIÓN

Para la sociedad letrada latinoamericana del siglo XIX, a la vez que para la historiografía dotar de una historia y de un territorio tiene que ver, entre otras acciones, con el cambio en la noción de literatura que se presenta en los diversos cánones literarios y sus tensiones. Estos expresan las funciones de la literatura en los ámbitos culturales y de alguna manera son determinantes en la función que tanto los individuos como las colectividades confieren a lo que consideran como literatura.

El planteamiento sobre la relación entre la “comunidad imaginada, limitada y soberana, y la nación imaginada” afianzado por Benedict Anderson en sus reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo de la década de los ochenta del siglo pasado, da cuenta de la importancia que la prensa y la novela tienen como las dos expresiones fundamentales para los proyectos nacionales durante el siglo XIX. Hace parte de, o quizá recoge, varias propuestas desarrolladas desde diversas vías, en las que se asume la hipótesis conforme a la cual la construcción de la nación está marcada por el poder de la palabra.⁹ La función que adquieren para este fin los discursos de la historia y de la literatura nacional, regional, urbana y local permite plantear el carácter ficcional de la nación, como una construcción de representaciones complementada por una amplia imaginaria historiográfica que permite prefigurar dicha nación (Colmenares, 1987).

En los lugares donde hay más densidad homogénea en la producción y acción de la literatura —en los que al parecer se ha detenido más la historiografía—,

⁹ *La fundación por la palabra. Letra y nación en América Latina en el siglo XIX* es el título que dan a su trabajo Sonia de Alessandro, María del Carmen Hernández, Susana Porch y Hugo Achugar. Y a la vez la tradición construida por el trabajo de José Luis Romero.

no se evidencia y activa tan fuertemente la movilidad fronteriza de los territorios, puesto que la institucionalización aparece más afirmativamente en su carácter homogéneo (Schmidt-Welle, 2003). Esto se percibe de manera inicial en los espacios urbanos —las capitales—, donde la institucionalización es más fuerte dado su carácter de centros donde se establecen los poderes políticos y económicos. Pero a la vez, estos centros dejan permear la movilidad hacia su interior y hacia las regiones en tensión con los discursos que provienen de grupos que no se identifican con ellos. Así, están presentes en la tensión las diversas literaturas propuestas al interior de la comunidad letrada que buscan romper con la imaginación colonizada y a la vez generar debates en los que la literatura cumple una función política que busca transformar el territorio.¹⁰ En esta lucha participan activamente varios escritores del siglo XIX, para quienes las tensiones entre la letra y la oralidad permiten procesos de asimilación y diferenciación, por ejemplo con grupos como los afros e indígenas y con discursos que tienden a ser marginados como los de mujeres y artesanos. Así, la superposición de fronteras y su movilidad pone en juego las construcciones culturales referentes a la concepción arcádica de la nación, las propuestas sobre civilización y barbarie, las polémicas frente a lo extranjero, entre otras.

Pero si bien es necesaria la reflexión sobre las fronteras culturales móviles en los ámbitos urbanos y sus relaciones, en las que se puede profundizar siguiendo la propuesta de Zanetti sobre el Modernismo, también es cierto que, al indagar sobre otras relaciones, pareciera que los espacios más distantes de la acción de la elite letrada, denominados por esta como “manifestaciones de la irracionalidad”, son los que permiten acciones más libres (Delgado Mahecha, 2009: 34), en espacios que a la vez están en la mayoría de las ocasiones superpuestos a las fronteras geográficas. En tanto permite acceder a otro nivel de reflexión, esta vía de análisis permite ver las relaciones establecidas desde los centros entre “lo distante” y “lo cercano” y dialogar con la propuesta de Felipe Martínez, quien analiza el discurso civilizador sobre el trópico que en el caso colombiano tuvo que ver con la función que se dio al clima en las representaciones que provenían del periodo colonial en la diferenciación entre los climas fríos, los templados y los calientes. Esta acción, señala el investigador, naturaliza las divisiones y desigualdades territoriales propuestas desde dicha perspectiva civilizatoria (Martínez, 2016).

Así surge una hipótesis, que en una investigación posterior es necesario despejar, en la que la movilidad de las fronteras culturales se observa con mayor intensidad en aquellos territorios donde se hacen presentes fuertemente tensiones de tipo social en los que por ejemplo se dan procesos de colonización,

¹⁰ Así denominó Jean Franco, en la década del setenta, los tres siglos de colonización española.

guerras, migraciones u otros momentos de apropiación cultural externa.

De este modo “la articulación de procesos materiales (la creación de territorios) con prácticas de carácter representacional (desde la constitución de la comunidad imaginada de las naciones)” (Delgado Mahecha, 2009: 78), permite entre otras vías reconstruir o poner en diálogo las geografías imaginarias y su papel, por ejemplo, en la elaboración de las políticas territoriales en lo que se considera diferente de los centros conocidos.

Esta perspectiva conduce a la vez a multiplicar los actores que participan en los procesos de la definición de los territorios nacionales-coloniales que crearon nuevos itinerarios y rutas. Así militares, científicos, viajeros y funcionarios escritores, construyen tanto imágenes como proyectos y planes para ocupar los pretendidos territorios de dominación (2009: 78).

Para pensar el siglo XIX en función de la consolidación y de los cambios de las fronteras culturales mediante una forma de comparación, cabe señalar que ya se ha desarrollado una tradición historiográfica en la que sobresalen trabajos como el de Fernando Ainsa sobre la construcción de geografías imaginarias por parte de la literatura, el cual permite plantear un puente entre estas y la formulación de las diversas políticas territoriales.¹¹ Es posible dar un ejemplo de lo anterior apelando a la autoconciencia que se hace manifiesta en la región desde la literatura, así como en la manera en la que la región se ha visto o pensado en su literatura: en lo que el autor denomina el espacio de sus vivencias interiores como construcción del espacio cultural (Ainsa, 2005).

Se puede observar de esta manera el vínculo entre los objetos (un territorio), las acciones y las representaciones. Y resaltar un orden territorial en el que, por ejemplo, predomina lo urbano sobre lo rural,¹² o bien identificar los límites nacionales y de las fronteras culturales en tanto eje de la consolidación nacional durante el siglo XIX, lo cual lleva a plantear preguntas sobre espacios como el desierto en Argentina y Chile, o sobre la Sierra en Perú, o sobre los llanos orientales en Colombia, el Sertão en Brasil o la selva en el caso de la Amazonía.¹³ La articulación de procesos materiales (la creación de territorios) con

¹¹ Véase el trabajo de Mary Louise Pratt sobre Humboldt.

¹² Que fue descrito inicialmente por José Luis Romero y que ha sido desarrollado posteriormente desde varias vías siguiendo la perspectiva de Ángel Rama sobre la Ciudad letrada.

¹³ Concepto de territorio usado. Orden temporal y espacial del territorio, identificación del lugar, en “cómo se da lo característico de cada momento histórico que tienen lo nuevo de manifestarse y cambiarse en cada lugar”. Este hecho se manifiesta por ejemplo en la investigación sobre la Amazonía realizada por Ana Pizarro “sobre las formas como, desde fuera, su geografía pertenece a los imaginarios utópicos”, véase Pizarro, 2009.

prácticas de carácter representacional (Delgado Mahecha, 2009: 76) conduce a plantear la existencia de fronteras periféricas que fueron consideradas como parte fundamental del desarrollo de la nación y que generan la construcción de estereotipos,¹⁴ algunos de los cuales permanecieron hasta bien entrado el siglo XX. Rincón señala por ejemplo la existencia de “espacios de gran extensión, convertidos en textos topográficos [que] resultan puestos al servicio del recuerdo colectivo y cultural” (2010: 38).

Los procesos de apropiación territorial en el siglo XIX constituyen la expresión del orden cultural que se planteó no sólo como continuación de las tradiciones impuestas por los colonizadores y que se asimilaron y consolidaron según sus variantes como propias, sino que se pusieron en diálogo con otros modelos, como los ingleses o los franceses. Se da significación desde la escritura al espacio como un elemento de conflicto en el orden social, un orden territorial en el que lo urbano ejerce fuerza sobre lo rural, en la expulsión selectiva de otras formas de identidad (Corredor, 2014: 8). Problemas como la civilización del territorio —por poner de ejemplo a Humboldt y Codazzi— plantearon esquemas de formalización territorial. En este sentido, el campo o el espacio no urbano se delimitan por dos distancias: la de la ausencia —lo que no se nombra: las regiones— y las relaciones con Europa, de permanente referencia. Puede afirmarse que desde la literatura y su historia se propuso una forma de creación del territorio tanto en términos materiales como simbólicos. Son necesarias aquí referencias a algunas formas del costumbrismo, los discursos sobre la civilización, las polémicas sobre civilización y barbarie que participaron en la búsqueda de unidad.

En este sentido, el siglo XIX es un momento que evidencia dos planos: en primer término, la literatura y la historia son objeto de consolidación por parte de la comunidad letrada en tanto ejes de las representaciones, sin por ello dejar de ser conflictivas, y los imaginarios que se articulan para pensar la delimitación de la nación. En segundo término, se puede observar la presencia de otras fronteras que entran en tensión con ellos desde las posibilidades que por un lado formula la nación imaginada con las fronteras intangibles de la nación y su relación con las fronteras geográficas. Estas a su vez, pueden entrar en conflicto porque no siempre se adecuan a los criterios de delimitación político-administrativa de las naciones y de las subregiones que las conforman.

¹⁴ Un ejemplo desarrollado en Raush, 2008.

UN CAMINO

El horizonte comparativo de la investigación hasta aquí planteado exige identificar no sólo los factores delimitados por la tradición historiográfica, como son aquellos que desde la literatura y la historia coadyuvaron en la forja y el establecimiento de elementos de permanencia en la configuración homogénea de la nación (religión, lengua y raza, o dicotomías como lo urbano/lo rural, los nacional/lo extranjero). Este horizonte conduce a la confluencia que se presenta como subyacente a dichos factores en la consolidación de nuevos objetos de lectura histórica, en la identificación de lo que está en las fronteras, en lo móvil. Para esto se recurrió inicialmente, dadas las posibilidades de un artículo, a algunos de los posibles factores de intersección que como faros puedan guiar una investigación comparada de la literatura de América Latina en el siglo XIX.

Ahora le corresponderá a la investigación identificar los nudos gruesos, las fronteras con mayor movilidad o densidad para poder reconstruir lo comparado y los contrastes. En últimas, el estudio de las fronteras móviles frente a la literatura y su cambio permite identificar las topo/grafías profundas y densas conforme a las que se construyó la nación, e identificar las posibilidades de un territorio que ya no se puede ver como homogéneo y estático sino como diverso y en permanente movimiento. Esta mirada rompe con una perspectiva lineal de la historia.

Así corresponde a la historiografía actual reconocer las asimetrías y asincronías que marcan las fronteras culturales de dichas configuraciones en la región o área amplia, permitiendo lanzar sobre dichas representaciones otras miradas e identificar así otras nuevas, no evidenciadas por algunas tradiciones. Como ejemplo, la “necesidad de deconstruir la correspondencia entre estado, nación y territorio. En este sentido quizá se trate de recuperar las perspectivas desarrolladas en los estudios de migraciones que demuestran la convivencia de diversos territorios y múltiples identidades no necesariamente asociados al ámbito de dominación material y simbólica de los estados” (Zusman, 2009: 78). Graciela Montaldo plantea la necesidad de abordar en el siglo XIX las maneras en las que se naturalizaban esas ficciones culturales por medio de la apelación a lo “natural” del territorio (Montaldo, 1999).¹⁵ Se establecen así especificidades nacionales en las que lo que interesa son no sólo los hechos, sino las diversidades frente a la movilidad de las fronteras. El reto de la historia de la literatura está en la elaboración de nuevos mapas y en tanto la identificación de nuevas construcciones de un pasado en el que la correspondencia entre estado, nación y territorio ya no son las únicas medidas que delimitan su configuración.

¹⁵ Un tema que plantea la autora y que es necesario desarrollar en otra oportunidad es el discurso literario del siglo XIX como una forma de plantear la continuidad del territorio.

Por último, dada la amplitud y quizá ambición de la propuesta —que por sus características reitero que no tiene una perspectiva totalizadora y general—, quedan aún muchas preguntas importantes por resolver, las que siempre nos persiguen a los investigadores: el cómo y con qué fuentes, cómo articular las necesarias voces interdisciplinarias y en consecuencia cómo pensar en la construcción conceptual de esas áreas culturales amplias que dadas las nuevas vertientes tienden nuevamente a plantearse en las necesidades nacionales. La dificultad para la historia está en estudiar lo que está en permanente movimiento.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA PEÑALOZA, Carmen Elisa *et. al.* (2007), *Leer la historia: Caminos para una historia de la literatura colombiana*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- (ed.) (2010), *Representaciones, identidades y ficciones. Lectura crítica de las historias de la literatura latinoamericana*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- y VIVASCAS MONSALVE, Víctor (2016), *Topo/Grafías. Literatura y región: el caso de Bogotá*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- ACHUGAR, Hugo (comp.) (1998), *La fundación por la palabra. Letra y nación en América Latina en el siglo XIX*. Uruguay: Universidad de la República.
- AINSA, Fernando (2005), *Espacio literario y fronteras de identidad*. Costa Rica: Universidad de Costa Rica.
- (2006), *Del topos al logos. Propuesta de geopoética*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.
- BHABHA, Homi K. (2010), *Nación y narración entre la ilusión de identidad y las diferencias culturales*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores-CLACSO.
- COMENARES, Germán (1987), *Las convenciones contra la cultura: ensayos sobre historiografía colombiana del siglo XIX*. Bogotá: Tercer Mundo.
- CORNEJO POLAR, Antonio (1994), “La literatura hispanoamericana del siglo XIX: continuidad y ruptura (hipótesis a partir del caso andino)”, en GONZÁLEZ-STEPHAN, Beatriz; LASARTE, Javier; MONTALDO, Graciela y DAVOQUI, María Julia (comps.), *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*. Caracas: Monte Ávila, 11-23.
- CORREDOR JIMÉNEZ, Jaime (2014), *Globalización, sistema mundo y territorialidades locales*. Popayán: Universidad del Cauca.
- DELGADO MAHECHA, Ovidio y CRISTANCHO GARRIDO, Helena (eds.) (2009), *Globalización y territorio. Reflexiones geográficas en América Latina*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- FRANCO, Jean (1975), *Historia de la literatura hispanoamericana a partir de la independencia*. Barcelona: Ariel.
- GONZÁLEZ-STEPHAN, Beatriz; LASARTE, Javier; MONTALDO, Graciela y DAVOQUI, María Julia (comps.) (1994), *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*. Caracas: Monte Ávila.
- MARTÍNEZ, Felipe (2016), *Una cultura de invernadero: trópico y civilización en Colombia (1808-1928)*. Madrid: Iberoamericana-Vervuert.
- MARTÍNEZ, Frederic (2001), *El nacionalismo cosmopolita. La referencia a la construcción nacional de Colombia 1845-1900*. Bogotá: Banco de la República-Instituto de Estudios Andinos.
- MONTALDO, Graciela (1999), *Ficciones culturales y fabulas de identidad en América Latina*. Argentina: Beatriz Viterbo Editora.
- PIZARRO, Ana (1982), *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. México: El Colegio de México-Universidad Simón Bolívar.
- (2009), *Amazonía. El río tiene voces*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- PRATT, Mary Louise (1997), *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- RAUSH, Jane (2008), “‘Vaqueros románticos’, ‘Tierra del futuro’ o ‘Decorado de hombres’. La frontera de los llanos en la formación del nacionalismo colombiano”, *Historia y sociedad*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 14, junio: 23-44.
- RINCÓN, Carlos (2010), “Memoria y nación: una introducción” en RINCÓN, Carlos; MOJICA, Sarah de y GÓMEZ, Liliana (eds.), *Entre el olvido y el recuerdo. Iconos, lugares de memoria y cánones de la historia y la literatura en Colombia*. Bogotá: Editorial Javeriana.
- SCHMIDT-WELLE, Friedhelm (ed.) (2003), *Ficciones y silencios fundacionales. Literaturas y culturas poscoloniales en América Latina (siglo XIX)*. Madrid: Iberoamericana-Vervuert.
- TORO, Jaime A. (2012), “Testimonios de viajeros en el siglo XIX: elementos para una genealogía urbana, cronología de Bogotá en el siglo XIX”, *Memorias de arquitectura, Foro: Bogotá, historias transversales*, Pontificia Universidad Javeriana, 7 (octubre): 12-38.
- VIVIESCAS, Víctor (2010), “La cuestión latinoamericana como problemática de las historias de la literatura latinoamericana”, en ACOSTA PEÑALOZA, Carmen Elisa (ed.), *Representaciones, identidades y ficciones. Lectura crítica de las historias de la literatura latinoamericana*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- ZANETTI, Susana (2004), “El comparatismo y la construcción del objeto literario latinoamericano”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, Universidad Nacional de Quilmes, 8: 129-137.
- ZUSMAN, Perla (2009), “Unidad o diversidad en la geografía histórica” en DELGADO MAHECHA, Ovidio y CRISTANCHO GARRIDO, Helena (eds.), *Globalización y territorio. Reflexiones geográficas en América Latina*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 67-82.